

La sociedad de los a-dictos

CRISTIAN PALMA*

Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

The society of a-dictos

La société des a-dictions

Resumen

Si bien hay una clínica diferencial de las adicciones que tiene en cuenta el tipo de sustancia y los efectos que produce, es posible abstraer aspectos estructurales comunes que coinciden en las relaciones con los objetos, con el cuerpo y con el Otro que promueve el discurso de la época contemporánea. Desde una perspectiva psicoanalítica se puede esclarecer que lo que funciona en el lugar del agente en el discurso de la sociedad contemporánea es el objeto *a*, que ejerce un mandato de goce sobre el sujeto que lo aboca al encuentro con los objetos en sus vertientes de producción y consumo. Una de las consecuencias más importantes de esta relación es la del adicto como efecto del discurso del mercado.

Palabras clave: adicción, *farmakon*, objeto *a*, plus de goce, mercado.

Abstract

Although there is a differential treatment of addictions that takes into account the substance and the effects it produces, it is possible to abstract common structural aspects that coincide in the relations with objects, the body and the Other that is promoted by the discourse of contemporary times. It is possible to clarify that what functions in the place of the agent in the discourse of our contemporary age is object *a*, that exercises a mandate of *jouissance* over the subject that compel it to the encounter with objects in their aspects of production and use. One of the most important consequences of this relation is that of the addict as an effect of the discourse of the market.

Keywords: addiction, *pharmakón*, object *a*, surplus-*jouissance*, market.

Résumé

S'il existe bien une clinique différentielle des addictions qui tient compte du type de substance et des effets que celle-ci produit, il est possible d'abstraire des effets structuraux communs qui, dans les relations aux objets, au corps et à l'Autre, coïncident avec le discours promu par l'époque contemporaine. Il est possible de montrer que ce qui fonctionne au lieu de l'agent dans le discours de la société contemporaine, c'est l'objet *a*, qui exerce un mandat de jouissance sur le sujet, lequel mandat l'amène à la rencontre avec les objets dans leurs versants de production et de consommation. Une des conséquences les plus importantes dans cette relation est celle du toxicomane en tant qu'effet du discours du marché.

Mots clés : addiction, *pharmakon*, objet *a*, plus-de-jouir, marché



* e-mail: altazor3@gmail.com

INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA

La práctica del psicoanálisis en el mundo moderno se enfrenta tanto a un nuevo modelo de sociedad como a un nuevo sujeto producto del discurso regulado por el lazo social que impone la sociedad de consumo. Este modelo de sociedad establece una relación alienante al colocar al objeto de mercado en el centro mismo de la vida social y de la subjetividad, funcionando éste como resorte que empuja al goce desmedido de la pulsión dentro de los circuitos de producción y consumo de los objetos.

El sujeto adicto puede ser concebido como el producto del discurso que regula las relaciones dentro de la sociedad de mercado. Al presentarse como un Otro imaginario omnipotente y sin falta, el mercado coloca al sujeto en una situación de impotencia frente a los objetos que ofrece, introduciéndolo en una sin-salida que lo lleva al acto¹. El Otro representado por el mercado no da lugar para el sujeto fuera de la relación alienante con el objeto, lo que empuja al sujeto a pasar al acto en un intento desesperado por fundar este lugar en lo real.

Además de esto, la biologización del cuerpo en la vida moderna por la vía del discurso biomédico reduce el padecimiento del sujeto a una mera alteración del organismo, quedando por fuera el goce del cuerpo implicado en el lazo social. En la clínica establecida a partir de esta concepción, el cuerpo es considerado en sus registros imaginario y simbólico, dejando de lado el registro de lo real del objeto pulsional.

El objeto de la pulsión hace pareja con el objeto de mercado², de la que resulta un amarre y un empuje del sujeto hacia el goce desbordante dentro de la cadena de consumo, quedando capturado con su síntoma y su fantasma. Una de las consecuencias más importantes que se derivan de esta relación objeto de la pulsión-objeto de mercado es que no se puede pensar en una clínica de las adicciones por fuera del contexto de la sociedad de consumo.

El recorrido propuesto parte de identificar en primer lugar unas relaciones estructurales comunes a las adicciones. Si bien cada adicción tiene sus características propias y dependiendo del tipo de sustancia de que se trate conlleva efectos fisiológicos y conductuales diferenciados, también es cierto que se pueden identificar unas

¹ Respecto a la tesis del mercado como gran Otro en la época contemporánea, véase Dany-Robert Dufour, “¿El mercado como nuevo Gran Sujeto?”, en *El arte de reducir cabezas: sobre la nueva servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*, traducción: Pio Eduardo Sanmiguel A., Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá D. C. 2006 (versión inédita).
² Gérard Pommier explica de qué manera el movimiento interno de la pulsión es completado por las dinámicas del mercado: producción y consumo. En “La plusvalía de Marx, el objeto a de Lacan”, en *En qué sentido el psicoanálisis es revolucionario, conferencias de Gérard Pommier en Bogotá*, Ediciones Aldabón, Bogotá 1997.

relaciones estructurales con el objeto, con la función paterna y con el cuerpo, comunes a lo que entendemos por “clínica de las adicciones”. Después se examina el discurso que circula sobre las adicciones, cómo se construye el sujeto adicto desde el discurso médico y los efectos que este discurso produce en el tratamiento de las adicciones, en la clínica y en la sociedad en general.

El adicto también puede ser considerado como el sujeto prototípico de la época, un sujeto victimizado por el discurso y exonerado de responder por su deseo; que se escuda tras el discurso científico y le entrega su cuerpo con tal de ser liberado de la insoportable angustia que nos es constitutiva. El sujeto así reducido por la ciencia, aparentemente protegido pero más expuesto que nunca al sufrimiento, se acomoda perfectamente al papel de consumidor pasivo sobre-adaptado a la sociedad de mercado.

En este sentido, los discursos que circulan sobre las adicciones producen un sujeto que se puede considerar apolítico, incapaz de comprometerse con sus elecciones, acomodado al lugar de desecho, de víctima, que se le asigna en la sociedad de consumo.

Frente a esto habría que reflexionar sobre lo que significa una práctica clínica como el psicoanálisis en la sociedad contemporánea. Una práctica que parte de reconocer a un sujeto que es responsable de su deseo y de su goce y a quien además lo interpela en sus elecciones. Esto significa que, en vez de victimizarlo y de ofrecerle un discurso especular, el psicoanálisis interroga precisamente el hueco que hay en el discurso del adicto, para que desde allí se produzca un sujeto tachado por su deseo y su goce.

LA CLÍNICA DE LAS ADICCIONES

La adicción es un estado de dependencia absoluta de un objeto, que se hace necesario y vital para la existencia de alguien; sin tal objeto sencillamente el sujeto no puede sobrellevar su existencia y le resulta insoportable vivir.

El lugar del objeto dentro de la economía psíquica es fundamental, ya que es el resorte mismo del deseo; el objeto señalado como faltante impulsa en su búsqueda, por lo que la existencia misma se justifica por la búsqueda continua de este objeto. En la clínica psicoanalítica, el objeto construido como faltante se organiza gracias al *falo*, que es el responsable de la reglamentación de la diferencia sexual y constituye al sujeto como ser en falta, y por lo tanto sujeto deseante.

El vínculo del adicto con su objeto aparece en la doble faz de la necesidad y la exclusividad³. El objeto se hace necesario para el adicto, pues en su discurso no hace



3 Eduardo Vera Ocampo, *Drogas, psicoanálisis y toxicomanía*, Editorial Paidós, Buenos Aires 1988.

otra cosa que decir que necesita del objeto para poder vivir y en sus actos demuestra que no puede vivir sin él. Además es exclusivo en tanto que, a diferencia de los otros objetos, el objeto de la adicción no se sustituye con ningún otro; no es un objeto de placer sino un objeto de necesidad. La diferencia entre objeto de placer y objeto de necesidad la introduce el falo en tanto función ordenadora de los objetos pulsionales alrededor de una carencia, que permite construir los objetos como objetos parciales sustitutivos, es decir, objetos de placer. En contraste, el objeto de necesidad no es parcial ni es sustitutivo, pues no ha pasado por la reglamentación fálica.

El adicto ha construido un objeto de necesidad sobre la base de la denegación del falo, es decir que para él el objeto perdido no existe, pues se ha asegurado de construir un objeto que supla al objeto perdido y en este sentido tape la falta a la que lo somete la reglamentación fálica; un objeto que pueda encontrar y reencontrar cada vez que necesite tapar su falta de ser⁴. De esta manera, la relación con el objeto permite al sujeto adicto esquivar la relación con el falo y sus ordenamientos, rompiendo su relación con esa instancia “cuyo capricho y evasión programados convierten al sujeto dependiente de un fracaso”⁵. En este sentido la droga es una formación de ruptura con el goce fálico⁶.

Sostener que la droga es una formación de ruptura con el goce fálico implica dos cosas: en primer lugar, significa que el cuerpo mismo queda comprometido en su constitución con esta ruptura y, en segundo lugar, implica un “cortocircuito” en el fantasma⁷.

El primer aspecto, la construcción del cuerpo en el adicto, pasa por la transformación de las pulsiones, las cuales, en las adicciones, gobiernan sobre el cuerpo de una manera voraz no dialectizada, que reduce al sujeto al gobierno de la mera fisiología animal⁸. En este sentido, el cuerpo del sujeto es pura pulsión viva que no tiene otro fin que devorar al objeto de necesidad. En este movimiento violento la pulsión, al no ser dialectizada, no pasa por un otro y se devuelve contra el sujeto con más violencia, doblegándolo para entregarse sin ninguna reserva al objeto de su adicción, que lo consume y en el que se consume a sí mismo. De esta manera el goce del adicto se vuelve completamente auto erótico; desde que posea el objeto no necesita relacionarse con ningún otro *partenaire* para obtener placer sexual, le basta con este objeto que, además, es el *partenaire* perfecto pues no le revela al sujeto su propia castración⁹. Así, el adicto goza hasta más allá de los límites de su objeto de adicción, rechazando toda dimensión del otro *partenaire* y del Otro como instancia tercera reguladora que pueda interrumpir su goce.

La relación entre el adicto y su objeto también supone una operación sobre el cuerpo en tanto constituido por el lenguaje. Para que haya un goce fuera del lenguaje

⁴ Charles Melman, *El complejo de Colón y otros ensayos*, Ediciones Cuarto de Vuelta, Bogotá 2002.

⁵ *Ibid.*, p. 182.

⁶ Eric Laurent, “Tres observaciones sobre la toxicomanía”, *TYA (Toxicomanías y Alcoholismo)*, disponible en <http://www.wapol.org>.

⁷ *Ibid.*

⁸ Charles Melman, *op. cit.*, p. 183.

⁹ *Ibid.*, p. 183.

se hace necesaria la desaparición del sujeto y la negación del cuerpo articulado por los significantes, así como la posibilidad de construcción de un nuevo campo de goce de los objetos pulsionales. La *operación farmakon* es el procedimiento mediante el cual el sujeto se hace a un nuevo cuerpo en el campo alucinatorio, que sustituye al cuerpo articulado por el lenguaje y le permite a través del acto desengancharse de aquello que lo determina desde el lenguaje y le es intolerable¹⁰. El *farmakon* (término derivado del griego) significa lo que cura y da vida pero también lo que mata; es así, sobre esta ambivalencia del objeto, que la relación del adicto con su objeto se construye a partir del principio del *farmakon*, mediante el cual el sujeto supera la dicotomía del orden simbólico y se instala en un mundo sin contrarios, sin fronteras. La operación *farmakon* supone el principio de reversibilidad: el adicto establece una dicotomía entre el mundo material y el mundo psíquico y en la misma operación la borra para construirse alucinatoriamente un mundo sin opuestos. Es así como una primera forma de reversibilidad es la que se da entre lo “psíquico” y lo orgánico; el *farmakon* es un objeto externo que deviene íntimo al sujeto y pasa a ser parte de su psique, que se ha sustancializado y convertido al sujeto en puro órgano animado por este objeto. El afuera y el adentro también se han desvanecido para ser sustituidos por un cuerpo alucinado donde lo psíquico y lo orgánico se identifican entre sí.

Desde una mirada psicoanalítica se puede esclarecer que lo que está en juego en la operación *farmakon* es el borramiento de la dimensión simbólica que atraviesa el cuerpo y la anulación de la división propia del sujeto hablante; en últimas, se trata de modelar un cuerpo alucinatorio donde nada se pierda por efecto de lo simbólico. La operación *farmakon* genera un exceso de cuerpo, un cuerpo omnipresente capaz de transgredir las limitaciones del orden simbólico y de producir un campo donde los objetos pulsionales están todos a la disposición arbitraria del goce del sujeto. Así, por ejemplo, en “la experiencia para el adicto se trata de ‘no oír sino ver el color de las palabras’, no decir sino ‘ser sabido de memoria’, ver lo que no puede ser visto... tales serían las figuras de un imposible revelado por una percepción alucinatoria”¹¹. La relación del adicto con el cuerpo se juega entonces en la insistencia por anular lo que del cuerpo resulta intolerable, la falta instalada por el orden simbólico, y producir un cuerpo nuevo con el que pueda lograr el goce absoluto del objeto pulsional. Esto sólo le será posible de manera episódica a través del acto, única manera de procurarse un goce que no lo enfrente a la división y el fracaso.

El *fixe*¹² es el encuentro con un goce inmediato, con un *flash* químico que atraviesa el cuerpo y lo hace gozar de manera directa¹³. Es el encuentro con el objeto de la necesidad, la positivización del objeto *a*, que se habría perdido y se habría reencontrado con el acto toxicómano. La experiencia del *fixe*, según es descrita por



¹⁰ Sylvie Le Poulichet, *Toxicomanías y psicoanálisis*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1990.

¹¹ *Ibid.*, p. 77.

¹² Palabra inglesa que usan los adictos para referirse al acto mediante el cual se drogan.

¹³ Eduardo Vera Ocampo, *op. cit.*, p. 119.

el toxicómano, evoca un momento místico en que el cuerpo está fusionado con el mundo, no existe el dolor y el placer es absoluto; el objeto ya no es un medio para la pulsión sino que es la fuente misma de esta, es decir, el nuevo cuerpo alucinado lo es gracias al objeto. El *flash* es objeto y es fin él mismo, lo real de la reacción fisiológica ante la droga es el simulacro de biologización que “necesita” el sujeto para justificarse como víctima que depende completamente del objeto para vivir. El enganche al objeto, que se logra a través del *fixe*, se pierde cuando se pierde el efecto del *flash* químico, cuando el sujeto pierde su cuerpo fantaseado y queda enfrentado al horror del cuerpo real; la confrontación con el Otro en tanto instancia de la alteridad arrastra la dimensión de lo siniestro que condena al sujeto a repetir el encuentro fallido con el objeto una y otra vez.

En las adicciones, la relación con el fantasma es de especial interés ya que señala la diferencia que existe entre el sujeto adicto y cualquier otro sujeto que entra en contacto con una droga pero no queda enganchado a ella. Como lo explica Vera Ocampo, “de todos los que se drogan, sólo *algunos* se vuelven toxicómanos”¹⁴; lo cual quiere decir que hay una particularidad en la constitución del sujeto adicto que permite que haya un enganche con el objeto.

Lo que está en el origen de una posible estructura de las adicciones¹⁵ es la construcción de un Otro “vampiro”¹⁶ que le habría arrebatado al sujeto el objeto primario de satisfacción; esto significa que el objeto no está construido como perdido sino que está capturado en las fauces de este gran Otro. En el acto, el sujeto intentará apresar este objeto que le fue arrebatado por el Otro y nada parará su demanda insaciable por el objeto.

Como vemos, lo que falla en la constitución del adicto es precisamente la función paterna, en tanto que no hay un corte en lo simbólico que separe al sujeto del objeto o le haya permitido perderlo, renunciar a él, lo que le permite al sujeto construir un Otro imaginario, sin falta, que responda a su demanda por poseer el objeto. Al no haber corte o castración, no hay una emergencia del fantasma propiamente dicho, más bien hay una pseudofantasía, un simulacro que no contempla la castración y al objeto como perdido, algo que Charles Melman llama la *neofantasía*¹⁷. A través de la neofantasía el sujeto esquiva la castración y se hace a un objeto necesario.

Como vemos, hay una particularidad estructural común a todas las adicciones que permite pensar en una organización estructural de las mismas. Hay que señalar sin embargo que esta dimensión estructural no es un hecho aislado de la estructura de las sociedades y del discurso que circula en la sociedad moderna sobre la constitución del sujeto y sobre los objetos. El siguiente paso es entonces preguntarse: ¿cuál o cuáles

¹⁴ Eduardo Vera Ocampo, *ibid.*, p. 121.

¹⁵ Si bien podemos señalar unos aspectos estructurales comunes a las adicciones, no significa que exista como tal una estructura clínica de las adicciones equiparable a las de la neurosis, la psicosis y la perversión trabajadas en psicoanálisis. La relación con el *farmakon* se juega de manera particular en cada una de estas estructuras y en cada una cumple una función distinta. Más bien, el concepto “estructura” se usa aquí para señalar que hay una organización semejante de las relaciones con el objeto, el cuerpo y el Otro, comunes a las adicciones.

¹⁶ Charles Melman habla de la imposición imaginaria de un Otro tirano que ejerce una demanda desmedida sobre el sujeto, que lo expone al peligro de ser destruido por esta demanda. Este Otro es construido por el sujeto como expresión de una oralidad perversa e insaciable que define su relación con el objeto.

¹⁷ Charles Melman, “Límites de la interpretación y la construcción en el análisis de los alcohólicos”, en *El complejo de Colón y otros ensayos, op. cit.*, p. 177.

son estos discursos?, ¿cómo se construye un sujeto desde tales discursos y su relación con los objetos?, y ¿cuáles son los efectos de tales discursos sobre lo real?

LA ALQUIMIA DEL DISCURSO

La toxicomanía, más que una enfermedad o trastorno que concierne al individuo en sus relaciones interpersonales, es el paradigma del malestar de la época, es un síntoma en lo social que señala una de las nuevas formas de subjetivación en la vida contemporánea y los efectos de un discurso que tacha al sujeto de entrada y lo reemplaza por el objeto. La pregunta que nos permite hacer la clínica de las adicciones es: ¿cuáles son las formas de subjetivación que definen un modo de vivir en la época actual?

El problema real que compete a quien se pregunte por la clínica de las adicciones es, según lo explica Rosa Aksenchuk.

Ante la degradación de los intercambios promovida por un nuevo modernismo social donde debe preceder la felicidad individual por objetos adaptados a necesidades, todos somos adictos en potencia, y a todo. Las sustancias “generadoras” de adicción revisten todos los tópicos de la vida humana desde los más “licenciosos” hasta los más “virtuosos”: alcohol, sexo, drogas, hidratos de carbono, pero también trabajo y actividad informática. Más que en ningún otro fenómeno, estas patologías nos introducen subrepticamente en los huecos infernales que el progreso va dejando, arrastrando un tratamiento del dolor y el sufrimiento que más se parece a una sustancialización de los problemas que a la búsqueda de su causa. Todo parece esperarse del objeto, nada del sujeto. Sujeto compelido a elegir, a reconocer no su deseo, sino objetos para su deseo. La pregunta ya no es ¿por qué algunos sujetos se tornan consumidores y otros no? sino: ¿por qué algunos consumidores se tornan adictos y otros no?¹⁸.

El adicto es el paradigma del sujeto que produce el discurso de la época contemporánea, y señala una forma de subjetivación dentro de la sociedad de mercado y por ende una estructuración del Otro en la vida social actual. En este sentido, el adicto es un signo que abre la pregunta por el síntoma social sin ser la adicción un síntoma propiamente, pues ésta es más bien el resultado del fracaso del síntoma en la vida contemporánea, como lo veremos más adelante, y el adicto es el signo de ese fracaso¹⁹.

El discurso que estructura la vida social y la subjetividad en la sociedad de mercado puede ser analizado con base en los tres ejes trabajados en el apartado anterior. Así, podemos ver cómo el discurso promueve unas relaciones con el objeto,



¹⁸ Rosa Aksenchuk, “Toxicomanía y psicoanálisis: del goce globalizado a la ética de la diferencia”, en *Psikeba, Revista de psicoanálisis y estudios culturales*, disponible en <http://www.psykeba.com.ar/articulos/RAToxicomania.htm>, Buenos Aires 2005.

¹⁹ Sergio Staude y Osvaldo Couso, “Las adicciones: el fracaso del síntoma”, disponible en <http://www.antroposmoderno.com>

con el cuerpo y con la función paterna, que son el marco de las adicciones como paradigma de estructuración subjetiva.

En primer lugar, la relación con el objeto. El éxito del discurso del mercado es consecuencia de una operación que éste efectúa en el sujeto y que también es la problemática central en la clínica de las adicciones: la transformación del objeto de deseo en objeto de la demanda, y éste finalmente en objeto de necesidad²⁰. El mercado tiene como premisa producir los objetos que habrían de colmar la demanda del sujeto; en este sentido, en el mercado no hay lugar para el deseo pues antes de que el sujeto pueda articular cualquier deseo, el mercado ha producido el objeto que habría de colmar la demanda que él podría formular. El sujeto como sujeto deseante es anulado por el objeto del mercado, el cual convierte su deseo en pura demanda y en necesidad.

La operación que sustituye al objeto de deseo por el objeto de demanda introduce al sujeto en un orden distinto al orden simbólico caracterizado por el juego presencia-ausencia, sobre el que también se monta la pulsión. La construcción del objeto de demanda supone la existencia de un objeto que completaría al sujeto, lo que significa la imposición de un orden imaginario que lo introduce en un simulacro de constitución del cuerpo en el campo imaginario construido por el discurso, un campo que ha transmutado las pulsiones en necesidades del orden de la necesidad biológica; de esta manera, el discurso también introduce un cuerpo que es “simulacro de biologización”, dimensión especular en la que queda atrapado el sujeto con su discurso.

La pulsión desmontada del orden simbólico queda librada al orden imaginario, reduciendo al sujeto a mera víctima que sufre sus excesos en lo real. El sujeto reducido al orden imaginario de la necesidad se constituye sobre la base de la negación de lo real del cuerpo que no obstante insiste apareciendo en la vertiente sintomática del goce, de la cual nada quiere saber, siendo el núcleo de su sufrimiento la imposibilidad de cubrir lo que lo determina en lo real, con el cuerpo imaginario que le vende la sociedad de mercado auxiliada por el discurso médico.

La constitución del cuerpo en el mundo moderno es articulada principalmente por el discurso biomédico, que se ocupa de él únicamente en tanto estructura orgánica cuyo mal funcionamiento sería responsable del malestar del sujeto. En la sociedad moderna se desconoce la dimensión corporal que es inaprehensible para los discursos científicos y que siempre había tenido un espacio en las sociedades tradicionales premodernas²¹. En la ciencia moderna, el sufrimiento es tomado únicamente en la vertiente del síntoma o signo corporal que debe ser eliminado, sin que haya ninguna pregunta por el sujeto que padece y la dimensión de goce que hay en su padecimiento,

20 En cuanto al objeto, la diferencia entre el deseo y la demanda es que el deseo se apoya sobre la carencia del objeto que sirve como resorte para su búsqueda, y la demanda supone la presencia del objeto que completaría al sujeto; en este sentido, el destino del deseo es la falta del objeto y el de la demanda es su consecución inmediata.

21 En toda sociedad tradicional se ha reservado un espacio para el tratamiento de lo real del cuerpo, es decir, el goce. Tales espacios se han afianzado en estas sociedades a través de prácticas de curación del orden de la magia y la religión, que hacían parte de la vida cotidiana en dichas sociedades. En la actualidad, si bien siguen vigentes estos espacios, no tienen el sentido que tenían en la sociedad tradicional premoderna, ya que más que espacios de curación son productos de la sociedad de mercado.

es decir, aquello que lo responsabiliza directamente de su malestar. Dado este tratamiento del malestar, no es raro entonces que cuando emerge en su dimensión de goce, inaprehensible para el discurso biomédico, el cuerpo no pueda aparecer de otra manera que como puro horror, puro desconocimiento, devolviéndole al sujeto la certeza de que vive con un íntimo desconocido: su cuerpo. Esto es reforzado por el mensaje de una época que a través de los *mass media* pretende hacer del cuerpo una mercancía al alcance de todos, vendiéndolo como producto para la mirada y con él los objetos que a través del cuerpo puedan traer la completud al ser humano. El discurso médico a través de la farmacología fortalece el discurso del mercado al reducir el cuerpo a una máquina orgánica y, con este cuerpo así construido, se promocionan los objetos que, consumidos o inyectados, reparan el mal funcionamiento de esta máquina y con esto reportan felicidad o por lo menos reducción del malestar.

En la sociedad contemporánea lo que está borrado es precisamente el cuerpo que ha sido reemplazado por el organismo del discurso biomédico y por la imagen especular que venden los medios. Con esta borradura de la dimensión de goce del cuerpo se tacha también al sujeto y se incauta lo real que lo produce, quedando éste desterrado de su malestar y por ende desarmado de la responsabilidad que tiene en su sufrimiento²².

Argumentar que el cuerpo está incautado en la modernidad nos lleva ineludiblemente a la pregunta por el valor del síntoma en la vida social contemporánea. El síntoma es encarnación de una verdad que señala y opone lo singular del sujeto a todo intento de totalización de un saber que se declara como verdad absoluta²³. En este sentido se ubica del lado de la oposición al poder de los discursos totalitarios y se constituye en el único recurso de poder para la emergencia del sujeto, definido este último como pura distancia del Otro. A través del síntoma el sujeto denuncia aquello que no funciona en el discurso y abre la posibilidad de nuevas lecturas del lazo social.

Afirmar que las adicciones son consecuencia del fracaso del síntoma en la sociedad contemporánea, implica señalar una condición del discurso que hace que el objeto se ubique en el lugar donde estaba la posibilidad de emergencia del sujeto en el síntoma. Esta condición ya la había señalado: la negación de la castración en tanto falta fundamental constitutiva del ser hablante. El montaje adictivo sustituye al síntoma al brindar una prótesis auxiliar, aunque sea temporal, a aquello que es soporte de la subjetividad y que es sostenido por el síntoma: la escisión subjetiva. La relación con el objeto en las adicciones pretende ser soporte del sujeto y cumple el papel de brindarle un semblante de completud y de autosuficiencia, tapando la falta y colocando en su lugar un ego engañoso que pretende darle consistencia y una ilusión de autonomía que le otorga un dominio ficticio y una independencia falsa frente al objeto.



²² Rosa Aksenchuk, "Resonancias del malestar en tiempos de la incautación de lo real", en *Psikeba, Revista de psicoanálisis y estudios culturales*, disponible en <http://www.psykeba.com.ar/articulos/Raetica-real.htm>, Buenos Aires 2005.

²³ Sergio Staude y Osvaldo Couso, *op. cit.*

La relación del sujeto con los objetos en la contemporaneidad se construye sobre la base de la relación con un Otro que a diferencia de otros momentos históricos no es soporte de la falta del sujeto sino que pretende ser soporte y garantía de la completud y autonomía de éste²⁴. El mercado se constituye en ese Otro imaginario que soporta la aparente independencia del sujeto definido en este contexto como consumidor autónomo. Al revelarse como un Otro sin falta, capaz de responder a todas las demandas del ser humano, subsume al sujeto en su lógica imaginaria. Si bien el mercado vende la ilusión de autonomía y completud en su discurso especular, lo cierto es que en lo real la falta queda del lado del sujeto, quien trata de afirmar la existencia del Otro como soporte de una falta, por la cual es llevado a responder con su propio cuerpo a través de actos como el *fixé*, la compulsión, las heridas y automutilaciones y, como medida extrema, el suicidio.

Dentro de la dinámica especular que promueve el discurso, el adicto se reconoce en los “oropeles identificatorios” que éste le brinda y así se desembaraza o por lo menos posterga la verdadera pregunta por su existencia. Se apoya en el almacén de significantes que provee el discurso médico para justificar su “enfermedad” y excluirse de ésta, presentándose como víctima de un hecho fisiológico. En el tratamiento médico de las adicciones aparecen términos como “hábito de dependencia”, “toxicomanía” y el fármaco como remedio central para esta clase de “enfermedades” o “trastornos”²⁵. El significante “toxicómano” remite en primer lugar al tóxico, sustancia extraña al cuerpo que al ser ingerida altera la actividad fisiológica generando efectos conductuales de distinta naturaleza según la sustancia de que se trate. Supone entonces que el objeto está antes que el sujeto y que este último es apenas un producto de la acción del tóxico sobre el organismo, lo cual implica que no existiría el sujeto sin el objeto; el adicto sería un mero residuo de la acción del tóxico.

Esta concepción del toxicómano da paso a la construcción del fármaco como cura principal de las adicciones. El fármaco, un objeto extraño con unas propiedades químicas capaces de producir otro cuerpo que anule lo insoportable del cuerpo articulado por el lenguaje, es la cura milagrosa para el hombre cuya principal enfermedad es la de ser un cuerpo del que nada quiere saber.

El toxicómano, tal como se presenta en la clínica, es el producto de la relación entre el tóxico –en su acepción de elemento extraño que deviene íntimo al cuerpo y produce unos efectos en lo real– y los discursos que circulan en un grupo social sobre la droga y sobre el “drogado”²⁶. Al analizar los discursos sobre las adicciones que circulan en la sociedad moderna, se pueden destacar principalmente dos que definen la manera como las toxicomanías son abordadas comúnmente: el discurso médico que, como ya lo había señalado, define la toxicomanía principalmente a partir

24 Dany-Robert Dufour analiza los cambios en la estructuración del Otro a través de la historia y postula al mercado como quien desempeña este papel en la contemporaneidad, en *op. cit.*

25 Eduardo Vera Ocampo, *op. cit.*

26 Sylvie Le Poulichet, *op. cit.*

del concepto de dependencia fisiológica y sus efectos en lo conductual, y los discursos sociológico y jurídico que básicamente la definen como un “flagelo social” que se da dentro de determinados contextos socioeconómicos y culturales. La construcción del adicto o del “drogado” desde estos dos discursos comprende tanto la definición de la toxicomanía como teoría, como los dispositivos con los que es tratado el toxicómano dentro de las instituciones sociales.

Los discursos sobre la toxicomanía y el toxicómano se constituyen en un efecto de espejo entre éste, el discurso y los dispositivos sociales de tratamiento²⁷. En los discursos médico y jurídico se establecen dos etiquetas para el adicto: enfermo o delincuente, con dos tratamientos posibles, respectivamente: la cura o readaptación, o la cárcel. La toxicomanía construida como discurso establece el lugar para el toxicómano dentro de las instituciones de sanación, readaptación y control, lugar en la sociedad y en el discurso que le asignan el rango de enfermo, víctima o transgresor.

El lugar del objeto en el centro de la definición de las toxicomanías tiene como consecuencia la sustancialización del malestar del sujeto y la inscripción en un orden imaginario que brinda un exceso de cuerpo; cuerpo que seduce tanto al sujeto adicto como al terapeuta dentro del dispositivo clínico. Como lo deja ver Sylvie Le Poulichet cuando pregunta: “¿No evolucionan el toxicómano y su terapeuta en el seno de una relación en espejo, desde el momento en que uno y otro fijan a su manera la ‘psique’ en ciertas sustancias?”²⁸.

Vemos entonces cómo el discurso sobre las toxicomanías se construye alrededor de un objeto, “el tóxico”, y sobre el real que este objeto produce en el cuerpo. Real que no puede ser tratado ni por el discurso biomédico ni por el discurso del mercado, por lo que la relación con el objeto queda capturada en el registro imaginario y en la lógica especular que anuda al sujeto, con su síntoma y su fantasma, al objeto de mercado. Queda entonces la pregunta por el objeto de mercado y cómo llega éste, por vía del discurso, a ser el resorte de las relaciones interpersonales y de la subjetividad en la sociedad contemporánea.

OBJETO a, LAZO SOCIAL Y MERCADO

En la sociedad de mercado el lazo social es regulado por el objeto, tanto en su dimensión de producción como de consumo, siendo éste el centro que impulsa las relaciones de producción y las relaciones interpersonales. El objeto, por su lado, condensa el goce posible en las relaciones interpersonales, tanto en la vertiente del objeto como en la del fantasma, y empalma con el objeto a en tanto objeto de la pulsión y objeto causa del deseo²⁹. El discurso del mercado establece un circuito entre el objeto perdido y la



²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, p. 36.

²⁹ Gérard Pommier, “La plusvalía de Marx, el objeto a de Lacan”, en *op. cit.*

30 Lacan define el objeto a como objeto de la pulsión y como objeto causa del deseo. Si bien ambos conceptos apuntan a cosas diferentes, formaliza su escritura con la misma letra para señalar al mismo tiempo que existe una vía que va de la pulsión al deseo y que tiene que ver con la constitución del objeto. En su dimensión de objeto de la pulsión instala una relación de desplazamiento entre los objetos pulsionales y en su dimensión de objeto causa del deseo empuja al sujeto a la identificación con el falo materno.

31 Gérard Pommier, *op. cit.*

32 *Ibid.*, p. 24.

33 Lacan explica este circuito: la pulsión parte de una zona erógena del cuerpo que es el borde desde donde se produce; el empuje la lleva a encontrar el objeto de satisfacción parcial en el otro, quien a través del objeto que provee hace posible la satisfacción de la pulsión y al mismo tiempo permite al sujeto poner en juego su fantasma y acceder así a un goce adicional o *plus de goce*. Al alcanzar al otro y al objeto por él ofrecido, la pulsión se devuelve sobre el sujeto y alcanza el borde desde donde se originó, lo que permite que se reinicie de nuevo este circuito de manera indefinida pues la pulsión nunca es satisfecha plenamente.

34 Slavoj Žižek, "El objeto a en los lazos sociales", disponible en <http://es.geocities.com/zizekencastellano/artElobalazos.htm>

posibilidad de que éste sea recuperado alucinatoriamente a través del consumo y de la explotación del semejante.

El objeto a impulsa al sujeto a la búsqueda del objeto de satisfacción, abocándolo a la identificación con el falo, identificación que no puede tener otro resultado que el fracaso y la aniquilación del sujeto³⁰. En su empuje, la pulsión lleva al sujeto al encuentro con un más allá del lenguaje, un más allá que el sujeto buscará en el encuentro con todo objeto.

Como lo explica Pommier, así como hay una vía que va de la pulsión al deseo también hay una vía regresiva, posibilitada por el fantasma. El sujeto busca procurarse con el fantasma el goce que no puede lograr por la vía de los objetos; y lo hace a través de la alucinación de cuerpos completos e imágenes donde satisface su goce en la relación con el otro³¹. Así, la vía regresiva fantasma-pulsión se constituye en el medio mediante el cual el sujeto por una parte reniega de su relación con el falo y también se hace a un goce posible en su relación con los objetos y con el semejante.

Es por esta vía por la que entran a participar los objetos y el discurso del mercado, completando este movimiento que se inicia en el sujeto. Según lo explica Pommier, entre los destinos de la pulsión que señala Freud, se encuentra la expulsión; lo cual lo lleva a la siguiente conclusión: "...con este término podemos entender que la pulsión reprimida se reencuentra... ¿dónde? ¡afuera!, en los objetos de consumo, en la producción de los objetos³²". De este modo podemos entender que el destino de la pulsión es reencontrarse afuera con los objetos de consumo; el objeto a se reencuentra una y otra vez con los objetos del mercado. Esto ocurre tanto para la dimensión del consumo como para la producción del objeto, todo depende del otro que esté en el lado opuesto del circuito de la pulsión³³.

Ahora veamos cómo el discurso capitalista y el mercado se instalan en esta lógica y producen una manera particular de hacer lazo social. Como se ha indicado, para entender la manera como se inscribe el objeto a en la relación con el otro es preciso retomarlo tanto en su dimensión de objeto de la pulsión como en su dimensión de objeto causa del deseo. Del lado del deseo la relación con el objeto es metonímica, pues el objeto del deseo es ese objeto que está perdido desde que el sujeto se inscribe en el lenguaje ($-\phi$) y por lo tanto ningún objeto de la cadena puede llenar el vacío inherente al sujeto deseante; de este modo, la función del objeto a como objeto causa del deseo es precisamente mantener abierta la falta del sujeto y de esta manera preservar su deseo. En este sentido, "el verdadero objeto causa de deseo es el vacío llenado con las encarnaciones fantasmáticas"³⁴, del que los objetos son precisamente figuraciones metonímicas del vacío.

Del lado de la pulsión la cuestión es un poco más compleja. Ya no se trata de la búsqueda del objeto perdido como destino sino que el fin mismo de la pulsión es establecer la pérdida, el agujero. Como lo explica Žižek, siguiendo a Jacques-Alain Miller, existe una diferencia radical entre la falta constitutiva del deseo y el agujero sobre el que se establece la pulsión: una falta es un vacío susceptible de ser llenado con uno u otro objeto mientras que un agujero representa la ruptura misma del espacio, un lugar que por su naturaleza no permite que nada sea puesto dentro de él³⁵. Así, la pulsión se organiza alrededor de un agujero y su fin es bordear un objeto de satisfacción sin que sea colmada propiamente, sino más bien relanzada una y otra vez siendo su meta final la de auto reproducirse. La meta de la pulsión es entonces bordear el objeto para establecerlo como pérdida, lo que le permite volver al borde desde el que es relanzada indefinidamente.

Ahora bien, ¿cómo entra a participar el capitalismo de esta dinámica? Parte de esta cuestión ya ha sido adelantada: la producción y consumo de objetos completan el movimiento de la pulsión una vez ha sido lanzada afuera, en donde se reproduce en los objetos del mercado. El mercado también se monta sobre el circuito que sitúa al semejante en el lugar del objeto de goce. El lazo social en la sociedad de mercado no permite que el goce se logre del lado del consumo de los objetos, sino fantasmáticamente en la relación con el semejante.

Es necesario introducir una vertiente adicional del objeto a para alcanzar una mayor comprensión sobre el lugar que ocupa en la sociedad de mercado: el objeto a como *plus de goce*. El término plus de goce lleva consigo una ambigüedad: más y menos goce. En la relación con el objeto y con el otro el objeto a introduce una paradoja: “entre más se goza, menos goce se obtiene”³⁶. Es por esto que se hace necesario rescatar algo de este goce que se pierde en la relación con el otro. Lacan establece la relación entre la plusvalía –concepto definido por Marx como resorte del capitalismo–, y el plus de goce que se juega en las relaciones con el otro. Así lo explica: “Porque, por supuesto, no es Marx quien ha inventado la plusvalía, solamente que antes que él nadie sabrá qué lugar tenía eso: el mismo lugar ambiguo que eso que recién dije, ‘trabajo de más’, del ‘plus de trabajo’. Cuánto paga –dice él– sino justamente el goce, que es muy necesario que vaya hacia algún lado”³⁷. Así, señala una relación entre el valor de más que el empleador saca del trabajo del empleado y el goce que podemos extraer del semejante a través de distintos medios. Justamente porque la plusvalía es el resorte de la máquina de producción capitalista, es que el objeto a en tanto plus de goce se instala en el centro de las relaciones en la sociedad de mercado. El objeto a, en su dimensión de objeto causa de deseo, es metonímico respecto al objeto de mercado, y en su dimensión de objeto de la pulsión es inherente al capitalismo ya



35 Slavoj Žižek, *ibid.*, p. 8.

36 Gérard Pommier, *op. cit.*, p. 28.

37 Jacques Lacan, “Producción de los cuatro discursos”, en *El seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, versión multimedia.

que instala la lógica de la pulsión mediante la cual, a través del objeto, el sistema “se autorrevoluciona” indefinidamente integrando el “excedente” de valor extraído al trabajador, a su funcionamiento³⁸.

Como ya lo he indicado, la función del objeto a en la sociedad de mercado es la identificación del sujeto con el falo del Otro y reproducir indefinidamente el imposible de goce con cada objeto y con cada encuentro del sujeto con su semejante. La reproducción de este imposible dentro de la cadena de mercado es lo que permite que haya una producción indefinida de objetos, cada uno de los cuales relanza continuamente los circuitos de producción y de consumo hasta el infinito. Como otro de los destinos de la pulsión es la perversión, en la medida en que el goce no alcanza a ser satisfecho dentro de la cadena de producción y consumo, la pulsión se dirige al cuerpo del otro del que se extrae un goce. Este goce, según lo explica Pommier, lleva a que por medio del fantasma el sujeto identifique al otro con el falo; por medio de esta salida el sujeto intenta liberarse de la identificación con el falo del Otro y en su lugar ubica al semejante. Esto se logra extrayendo un goce del cuerpo del otro ya sea directamente, como en el sadomasoquismo, o explotando su capacidad de trabajo, como se definen las relaciones laborales dentro del capitalismo³⁹. De esta manera, la imposibilidad del goce a través del objeto queda velada y se intenta remediar precisamente en el lazo social. Pommier dice: “Esta dimensión de secreto, de saber qué está en juego en el lazo del semejante con el semejante muestra que se trata entonces del saber del inconsciente, en el sentido en que se trata de la imposibilidad de gozar que está en juego en el lazo perverso, y es esta imposibilidad misma la que hace siempre trabajar más, producir más, explotar más, para recuperar este *plus de jouir*: más goce, y también, fin del goce⁴⁰”.

La sociedad de mercado establece la lógica que instala al objeto en el centro mismo de las relaciones sociales y de la subjetividad, gracias al lugar del objeto a como agente del discurso en la vida moderna. Esto implica la alienación del sujeto en el Otro del Mercado vía el objeto, donde se enfrenta al riesgo de quedar identificado con el falo, es decir con la nada, y quedar atrapado en la reproducción continua del circuito de la pulsión con cada objeto que el mercado le ofrece con profusión. El sujeto queda atrapado entre la infinitud y la anulación de su deseo, y sin posibilidad de que emerja, pues la pulsión por definición lo excluye; no se le plantea forma distinta de tomar distancia del Otro que mediante la anulación y el acto. Esto lleva a que en la sociedad contemporánea, como efecto del discurso, el sujeto no aparezca más que como fracaso y en el lugar del desecho. El sujeto ubicado en esta posición es precisamente el que compete a la clínica de las adicciones, en tanto que se enfrenta con el imposible de plantear su existencia fuera del campo del

³⁸ Slavoj Žižek, *op. cit.*

³⁹ Gérard Pommier, *op. cit.*, p. 32.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 34.

objeto y en vez de eso se identifica con los oropeles del toxicómano y el drogadicto, que le asigna el discurso.

Es en este sentido en que el psicoanálisis como discurso y como práctica clínica se hace completamente pertinente al interrogar aquello que mantiene al sujeto alienado en el discurso que lo determina y por esta vía abre un campo para que éste se distancie frente al Otro y pueda articular un significante nuevo que le permita situarse como sujeto deseante, constituido desde una falta de ser.

Se plantean entonces los interrogantes sobre ¿cómo abrir un espacio para la palabra, lo real de la palabra como efecto de lo simbólico, en una sociedad que lo ha reducido todo a la dimensión especular? y ¿cómo se puede producir un sujeto a partir del hueco que instala la inconsistencia del Otro en la sociedad contemporánea? Todas estas preguntas se hacen cada vez más pertinentes en tanto que establecen el horizonte de una nueva ética.



REFERENCIAS

- AKSENCHUK, ROSA, "Toxicomanía y psicoanálisis: del goce globalizado a la ética de la diferencia", en *Psikeba, Revista electrónica de psicoanálisis y estudios culturales*, disponible en <http://www.psikeba.com.ar/articulos/RAtoxicomania.htm>, Buenos Aires 2005.
- AKSENCHUK, ROSA, "Resonancias del malestar en tiempos de la incautación de lo real", en *Psikeba, Revista electrónica de psicoanálisis y estudios culturales*, disponible en <http://www.psikeba.com.ar/articulos/RAetica-real.htm>, Buenos Aires 2005.
- DUFOUR, DANY-ROBERT, *El arte de reducir cabezas: sobre la nueva servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*, traducción: Pio Eduardo Sanmiguel A., Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá D. C. 2006 (versión inédita).
- FREUD, SIGMUND, "Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales", en *Obras completas*, vol. XVI, versión multimedia.
- FREUD, SIGMUND, "Pulsiones y destinos de la pulsión", en *Obras completas*, vol. XIV, versión multimedia.
- LACAN, JACQUES, *El seminario, Libro 4, La relación de objeto*, versión multimedia.
- LACAN, JACQUES, *El seminario, Libro 6, El deseo y su interpretación*, versión multimedia.
- LACAN, JACQUES, *El seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, versión multimedia.
- LACAN, JACQUES, *El seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, versión multimedia.
- LAURENT, ERIC, "Tres observaciones sobre la toxicomanía", *TYA (Toxicomanías y Alcoholismo)*, disponible en <http://www.wapol.org>
- LE POULICHET, SYLVIE, *Toxicomanías y psicoanálisis*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1990.
- MELMAN, CHARLES, *El complejo de Colón y otros ensayos*, Ediciones Cuarto de Vuelta, Bogotá 2002.
- POMMIER, GÉRARD, "La plusvalía de Marx, el objeto a de Lacan", en *En qué sentido el psicoanálisis es revolucionario, conferencias de Gérard Pommier en Bogotá*, Ediciones Aldabón, Bogotá, 1997.
- STAUDE, SERGIO Y COUSO, OSVALDO, "Las adicciones: el fracaso del síntoma", disponible en <http://www.antroposmoderno.com>
- VERA OCAMPO, EDUARDO, *Drogas, psicoanálisis y toxicomanía*, Ediciones Paidós, Buenos Aires 1988.
- ŽIŽEK, SLAVOJ, "El objeto a en los lazos sociales", disponible en <http://es.geocities.com/zizekencastellano/artElobalazos.htm>

